

EL GRAN HERMANO

Vivimos días sorprendentes. Hace años nació una estrella, que creía fugaz, por su simpleza de contenidos, pero que inexplicablemente aún sobrevive. Estrella que conduce cada día a millones de españoles a un peculiar Belén, sin Niño ni sagrada familia y habitado por jóvenes dispuestos a hacer el gran primo cuanto haga falta. Una compactada banda de melifluos y conspicuos mozalbetes, hermanos que no de sangre, sino de plató. Empezaron desde cero una vida en común y día a día van inventándose, he ahí el secreto de la pomada, viviendo en habitaciones-acuario un loco romance de pasión con sus admiradas cámaras televisivas.

Son jóvenes gentes que están como encantadas de haberse conocido, entusiasmados y activos, preocupados solamente por lo inmediato, por hacer continua apología de sí mismos, porque en el cruel programa, verdadero y neomoderno voluntario campo de concentración, irán cargándose progresivamente a los más adormecidos, desustanciados o menos epatantes, como se dice ahora, o a los más *cipotes*, como diríamos en Sabiote e irán salvándose los más graciosetes y los de humor de puerta de WC. más sobresaliente.

Acaba uno por acordarse, viendo el programa, de aquellas fulanas del barrio chino de Amsterdam, exhibiéndose sin pudor alguno en los escaparates de sus casas de lenocinio.

Lo soñó Cervantes en su *Diablo Cojuelo* mediante aquel ser que en sobrevolando Madrid, veía a través del techo transparente de sus casas, la aburrida vida de sus habitantes. Y ahora, la realidad nos confirma que la consabida falta de escrúpulos de la desarrollada sociedad actual es capaz de darle gusto al Cojuelo Diablo aunque sea 393 años después.

Ni los jibaros hubieran diseñado un programa tan contundente, tan pequeño de contenidos, pero tan grande en su masivo éxito, que dicen los audímetros. En él, sólo verá a jóvenes tratando de emitir luz como las luciérnagas, con soberbia de faraones, de artistas, de candidato electoral o de portavoz de grupo de opinión siglo no-sé-cuantos. Convencidos de poseer bellos colores a los que millones de televisivas moscas saben que se acercan a cualquier hora. Intentando permanentemente poner en práctica el viejo adagio de ...”*atrévete a ser tú mismo*” Supongo que los antropólogos se lo estarán pasando “d’a-buten” con la nueva porno-antropología, cansados ya de series de médicos cura-lo-todo, de albañiles chapucillas o de tiburónicos abogados pactadores de impactables cosas.

Un programa-reclamo que está conmocionando a tanta sociedad como el mítico Viagra, aquella flor de pocos días. Serie, en suma, para ver a los demás viviendo en grupo, como a los gorilas africanos, mientras nos olvidamos de nuestro más cruel y personal aislamiento.

Aislamiento confirmado con el último e-mail que el mundo recibió, ¿se acuerdan? Con el “*I love you*” enviado desde cualquier suburbio de Filipinas y que hizo picar a la humanidad entera, cual si de un aburrido y hambriento lucio se tratase. Quedando sus pobres e informatizadas máquinas con el culo al aire y enganchadas a un cebo de simple y prometedor cariño.

¿Qué carencias afectivas no tendremos todos, cuando un simple *te amo*, como aquel famoso correo electrónico de marras, hizo que millones de solitarios personajes cayeran de inmediato

sobre el sabroso pastel... el Pentágono, la CIA, etc. y que dañó en España al 80% de las empresas de correo electrónico?

Hospitalismo, o enfermedad por falta de amor, se llama a lo que presentan los niños huérfanos recluidos en fríos hospitales u orfanatos. Ante tanto nuevo virus y tanta televisiva desgracia, igual tendrá la medicina que comenzar a hablar del “*informaticalismo*”, la enfermedad de los nuevos tiempos, la de la soledad y la falta de amistad y de afectos a que nos están conduciendo tanto la telebasura como la progresiva informatización de casi todo.

Y es que, tal vez, uno comienza a envejecer y cada día se acuerda más de aquel antiguo deseo de D. Pío Baroja: “*a mí, dadme los viejos caballitos del tío vivo*”.

Luis Manuel Aranda
Médico- Otorrino
lmaranda@nacom.es